

XXIX Congreso Latinoamericano de Sociología
Chile 2013

GT 11

Género, desigualdades y ciudadanía

OSOS, LOCAS Y CHONGOS.

MASCULINIDADES HOMOSEXUALES EN CÓRDOBA

Gustavo Blázquez (Conicet/UNC)

Agustín Liarte Tiloca (UNC)

Resumen:

A partir de una etnografía de las formas de divertimento nocturno y las prácticas de sociabilidad que involucran a varones homosexuales en la ciudad de Córdoba (Argentina), esta ponencia se adentra en el análisis de diferentes poéticas y políticas de los modos de “hacerse hombre”. En los espacios, donde al ritmo de los bits y el consumo de alcohol y psicotrópicos, se sacudía la heteronormatividad y la homonormatividad, se reconocían dos modos de hacerse varón homosexual o según el habla de los sujetos: *chongo*. Algunos devenían *gays* y otros *osos*. Quienes fallaban en esta construcción y exhibían comportamientos o gustos considerados femeninos devenían *locas*, sujetos degradados y carentes de interés erótico.

Palabras clave: masculinidades homosexuales, performances nocturnas, activo/pasivo.

Procesos de producción de conocimiento:

Avance de investigación en curso.

“¿Por qué el grandote tiene una máquina de coser en la casa?

¿Será de él ese vestido?

¿Será una travesti con arrebatos de macho?

No es eso lo que busco.

Pero, ¿tan peludo, una travesti?

(Pablo Pérez, El mendigo chupapijas)

El presente texto surge de una investigación en curso sobre los modos de devenir varón homosexual en la ciudad de Córdoba (Argentina). Esa pesquisa busca analizar prácticas de sociabilidad nocturna y conformación performativa de subjetividades masculinas en la ciudad de Córdoba entre varones autodenominados “homosexuales”, en una temporalidad que abarca desde el “agotamiento” y “decadencia” de la última dictadura militar -a inicios de la década de 1980- (Quiroga, 2004) hasta la actualidad.

Nuestras investigaciones proponen una mirada de los procesos de subjetivación (homo)sexual masculina atravesados necesariamente por las transformaciones político-económicas de nuestro país, así como por otros factores altamente influyentes, como la aparición, expansión y control farmacológico de la epidemia del sida, la ley de “matrimonio igualitario”, y la formación de mercados de consumo destinados, en mayor o menor medida, a un público “gay”.¹ Con ese objetivo, la pesquisa se propone describir de manera “densa” (Geertz, 1984) procesos de construcción performativa de subjetividades (homo)sexuales a partir de performances sociales vinculadas a prácticas de divertimento nocturno y “juvenil”² en el marco de establecimientos comerciales.

Para desarrollar esos trabajos, realizamos entrevistas en profundidad, biográficamente centradas, de varones auto-adscriptos como “homosexuales” que frecuentaron y frecuentan un conjunto de bares y boliches entre 1980 y las primeras décadas del siglo XXI. El recorte metodológico incluye a un grupo que actualmente tiene

¹ Domingos (2010) va a denominar este proceso como el advenimiento del *pink money*, en relación a la apertura de nuevos modelos de negocios y espacios destinados al comercialismo de productos propios de la “comunidad gay”. A su vez, al permitirse una mayor visibilidad de mercado, se posibilita la aparición (o al menos la demostración pública) de diversos grupos de varones y mujeres que, a pesar de sus diferencias, se abanderan bajo la categoría de la homo(sexualidad/afectividad).

² Cabe señalar que “juvenil” no refiere a una propiedad relacionada con una edad biológica “joven” sino a una propiedad socialmente valorizada atribuida a aquellos sujetos “autorizados” a ser partícipes de la noche por medio del consumo festivo en establecimientos mercantiles.

entre 30 y 70 años o más, residentes actuales o pasados en la ciudad de Córdoba, y pertenecientes a sectores de ingresos medios, contactados mediante la técnica “bola de nieve”. A partir de esos relatos, y otros materiales como fotografías, videos (VHS), recortes periodísticos, y, en el caso de prácticas contemporáneas, de la observación participante, encontramos un entramado de relaciones a partir de las cuales pretendemos en primer lugar: trazar una cartografía de la nocturnidad homoerótica cordobesa y de las formas de sociabilidad asociadas y en segundo lugar: describir las transformaciones en los regímenes de nominación de la experiencia (homo)sexual masculina

Locas, chongos y gays

Un determinado relato acerca del devenir de los estilos homoeróticos forma parte de cierto sentido común en la Argentina contemporánea. A ese sentido se lo puede encontrar en obras de difusión como “La Historia de la Homosexualidad en la Argentina” de Oscar Bazán o en piezas que forman parte del discurso literario como la reciente colección de crónicas “Rosa Prepucio” de Alejandro Mondarelli.

Según esa *story*, el viejo paradigma “loca-chongo” no dejó de desaparecer desde la transición democrática de 1983 bajo la hegemonía del nuevo paradigma “gay”, asociado con el desarrollo del capitalismo cultural, la formación de públicos consumidores -al mismo tiempo- diferenciados y globales, las políticas de derechos sexuales y activismo “rosa”. Como muestra la obra sociológica de Meccia (2006; 2011) para Buenos Aires, nuestra propia investigación para Córdoba (Blázquez y Lugones, 2012), y la obra pionera de Sívori (2005) para Rosario en los ‘90, la realidad sería mucho más compleja. Ese proceso de reemplazo de un estilo homoerótico por otro no tendría el mismo ritmo en diferentes regiones geográficas y grupos sociales. Ambos estilos convivirían, superponiéndose, afirmándose tanto como negándose, en las prácticas y discursos de diferentes varones homosexuales en Argentina.

Como parte de la misma *story*, en el modelo “loca-chongo” las posiciones en el coito se distribuirían de acuerdo a dos categorías fijas, opuestas y complementarias: “pasivo” y “activo”. Las mismas describirían una acción (recepción/inserción) durante el coito pero también prescribirían una subjetividad y en último término, una identidad fundada en el, al

menos idealmente, carácter invariable y unidireccional de la práctica genital y el deseo según el discurso heteronormativo.

Mientras la lengua inglesa utiliza una metáfora espacial (*top/botton*) para describir las posiciones de la sodomía, el castellano utiliza una metáfora relacionada con la agencia. La capacidad de actuar se reserva para una de las posiciones (activo) asociada con una identidad masculina propia del *chongo*. Lo propio de los varones sería la conservación de la agencia y perpetrar la penetración. Convertirse en receptor, anularía la agencia (pasivo), acabaría con la honra masculina y feminizaría al sujeto para hacerlo un(a) *loca*. La estructura de significación que articularía esa *story* opone penetración/activo/varón a recepción/pasivo/mujer. En base a ese paradigma se organizaban una serie de relatos donde los personajes principales serían la “loca pasiva afeminada” y el “chongo activo hipermasculinizado”.

En el modelo *gay*, las posiciones eróticas congeladas tenderían idealmente a desaparecer para dar lugar a categorías como “versátil” o “amplio”. El igualitarismo que caracterizaría el *ethos* de ese modelo se realizaba eróticamente en la doble acción de penetrar/ser penetrado. La acción erótico-genital de la penetración se desprendería de su conexión con categorías de género y del binarismo sexo/genérico para relacionarse con el erotismo.

Como parte de ese proceso se construía una homonormatividad y se montaba una “masculinidad gay” asociada con los más jóvenes y los más distinguidos en términos de clase/raza. Ser *gay*, y en consecuencia versátil, sería, por formas de presentación personal, (buen) gusto y posición de clase, un modo de ser joven y de no ser *negro*³.

Más allá de las diferencias en cuanto a las performances de género y erótico-genitales, las masculinidades *gay* se caracterizarían por gustos refinados, consumos elegantes, una gestualidad civilizada y maneras cuidadas muchas veces considerados propios de las mujeres. En relación a las masculinidades heterosexuales, el carácter distinguido de los *gays*, subalternos en términos de sexo/género/deseo, los hacía superiores en términos de clase/raza. De modo tal que, el *gay* nunca sería un *negro* y, aunque fuera muy *chongo*, siempre se le caería alguna *pluma*. La mimesis era siempre imperfecta, fallada.

Sin embargo, las “viejas” categorías activo/pasivo y chongo/loca reaparecían y se actualizaban en enunciados del tipo “más pas que act”, “más act que pas”, en páginas web

³ A esas masculinidades *gay* se oponía la masculinidad de los osos. (Cf. Liarte, 2013)

de encuentros (homo)eróticos, salas de chat gay, en la pornografía, etc. En las conversaciones entre amigos se degradaba y feminizaba la posición receptiva y se desconfiaba de la fachada de activo que cualquier sujeto buscara afirmar. A través de esas prácticas, se discutían la masculinidad, la versatilidad y la posición de clase asociada a la identidad gay de los sujetos a partir de la puesta en juego de jerarquías sexo-genéricas, erótico-genitales y de clase-raza.

Esos modos de hacer género, tener sexo y devenir varones a partir de intercambio erótico-genitales con otros varones, era también un modo de hacer edad. Los sujetos deseables, especialmente en el caso de los pasivos, solían ser jóvenes, “*cuanto más pendex, mejor*” resaltaban varios entrevistados.

En este sistema, los varones pasivos, de mayor edad y formas corporales menos definidas y firmes, quedaban excluidos como objetos de deseo y condenados a contratar trabajadores sexuales. La “loca vieja” no era activo, ni masculino, y mucho menos joven. Subalterno en términos de sexo/género/deseo y etarios, reclamaba para sí una posición dominante en términos de clase/raza basada en sus capitales culturales, gustos distinguidos y consumos elegantes. La pérdida de masculinidad se contrabalanceaba con la construcción de una posición de clase hegemónica dando lugar al personaje de “*la loca fina*” o “*la loca culta*”. La atracción por el *chongo*, subalterno en términos de clase, no haría sino (re)afirmar el carácter distinguido de “*la loca*” que se (re)confirmaba cuando compraba los servicios sexuales y, mediante el flujo del dinero que invertía el seminal, revertía su posición erótica subalterna.

Como parte de esas dinámicas, el último peldaño de las jerarquías sociales correspondía a las *loquitas*: jóvenes afeminados generalmente de escasos recursos económicos, y formas corporales poco agraciadas. *Fea, ridícula, de mal gusto, muy mujer, dada a regalar*, la *loquita* era demasiado pobre, femenina, pasiva, negra y joven para merecer algún tipo de estima.

Esta primera aproximación a una temática poco discutida en los estudios sobre (homo)sexualidades, como el par activo/pasivo, nos permite hipotetizar que los guiones que organizaban los diferentes estilos de intercambios sexuales entre varones montarían, a través de un tipo de acción erótica (inserción/recepción) en torno al ano, distintas

subjetividades y cuerpos masculinos, más o menos afeminados, más o menos deseables según su edad, clase, raza, formas corporales.

La pluralidad de masculinidades resultante, el *chongo*, la *loca* y el *gay*, eran también modos de hacer sujetos diferenciados en términos de clase-raza y etarios. En las performances erótico-genitales, esos cuerpos ponían en escena y realizaban los conflictos entre las distintas tradiciones, “moderna” y “premodernas”, que darían forma a las homosexualidades masculinas “contemporáneas”. (Halperin, 2000).

OSOS

A mediados de la década de 1990 y comienzos del siglo XXI empezó a difundirse en Argentina la identidad “oso”,¹ surgida una veintena de años antes en los Estados Unidos, y construida como exponente varonil de la homosexualidad masculina. El ethos osuno se funda a partir de una toma de distancia del modelo del “invertido” como categoría médico-política, siendo una expresión más del repudio al afeminamiento de la homosexualidad, condición tomada a modo de estereotipamiento y clave de una concepción heteronormativa que, como señalan los entrevistados, es necesaria para que la sociedad “identifique a los gays”. En este caso, se aduce a una correlación entre lo “femenino” y la mujer, un alejamiento de lo que todo varón debe(ría) ser, sin importar si su objeto de deseo erótico es otro hombre. Como aclara Tomás, en relación a lo que considera como su definición de la masculinidad:

“Ser masculino creo que va con la forma de hablar, la forma de gesticular, el histrionismo, pero... bueno yo, yo creo que va por ese lado, el tema de la actitud, pero... lo que me gusta precisamente del oso es que no es una actitud ni forzada ni impostada, o sea me gusta que sea natural, y creo que es eso lo que me llama la atención”

Siendo un componente clave de la conformación osuna, el cuerpo se evoca como parámetro de masculinidad, aceptando la belleza del físico “que te tocó”, y llevando ese porte a la actitud demostrada por los sujetos en la presentación de sí que elaboran frente a otros. Esta forma particular de vivenciar la masculinidad es tomada como una actitud “ni forzada ni impostada”, siendo esa “naturalidad” lo que llamaría la atención del varón

homosexual que se autorrepresenta como “oso”: una cuasi ontología del ser-masculino. Los factores que denotan mayor importancia varían a partir de determinados rasgos que hacen a la persona que los porta, primando para algunos los aspectos que denotan una fisicalidad específica, como ser la barba, la panza, la velloidad corporal, la vestimenta, etc.; o bien, lo referente a la personalidad y el desenvolvimiento social, como por ejemplo la rudeza, el disfrute de las actividades al aire libre, el nivel de “depravación” en las relaciones sexuales, etc.²

Tendiendo estas consideraciones en cuenta, y a partir de las investigaciones emprendidas, surge una pregunta fundamental: ¿cómo se da la relación entre la presentación de sí masculina/femenina y la adopción de un rol activo/pasivo en las interacciones sexuales osunas? Siguiendo a Matías, uno de los entrevistados, pudimos recuperar la idea de “mitos”³ que circundan a los “osos”, fuertemente arraigados en el imaginario que estos varones despiertan.

El primero de los mitos hace referencia a la consideración del “oso” como la figura “pasiva” de la relación, portador de un cuerpo voluminoso y receptor de los impulsos sexuales del “cazador”. Resulta interesante analizar esta relación a partir de la propuesta de Vigarello (2011), tomando en cuenta la metamorfosis de la gordura desde la semejanza que se hacía de la misma con los cuerpos grandes, protectores y saludables; hacia su degradación por parte de los discursos médicos a partir del siglo XVII, equiparándola con la improductividad social y la pasividad de las acciones. El cuerpo portador de fortaleza deviene un sujeto medicalizado y estigmatizado por su sobreabundancia y acumulación de tejido adiposo. Por contrapartida, el “cazador” asume un rol “activo”, en tanto es portador de un cuerpo más delgado y tonificado, capaz de ejercer el rol de penetrador sobre la supuesta pasividad del “oso”.

Por otro lado, el segundo de los mitos se conforma por la edad de los sujetos en relación a una pareja o un encuentro sexual ocasional. El “cachorro” se diferencia del “daddy” no solamente por el porte de una edad biológica menor, donde inclusive se llega a demarcar los veinticinco como la edad propicia que separa al “cachorro” del “oso”; sino que también indica una divergencia en cuanto a los roles sexuales. El más joven asumiría

un rol “pasivo”, en tanto se lo considera como proclive a necesitar protección, mientras que la persona de mayor edad tornaría “activo”, producto de su experiencia y su capacidad de brindar esa protección al otro. Como fuera dicho por un usuario de una página de contactos homosexuales:

*“yo tuve distintas transiciones
empece siendo mas pasivo
y hoy en dia soy mas activo
eso fue cambiando a medida q fui creciendo en caracter en mi vida
a medida q fui abandonando el ser niño discriminado e indefenso
y me converti mas en hombre poniendo el pecho a la vida”*

En estas palabras, podemos ver cómo se equipara el adoptar un rol “pasivo” con la idea de ser una persona indefensa, un “niño” que busca la protección de otros a partir de la toma corporal de una posición vista como proclive a salvaguardar a uno de la discriminación de otros. Mientras que, una vez que la persona se fue convirtiendo en un adulto que le fue “poniendo el pecho a la vida”, se hizo menester que deviniera “activo” y así retribuir el cuidado que obtuvo de otros. Igualmente, el “oso” y sus categorías asociadas no se ven como estáticamente recreadas, sino que se (re)producen dinámica y relacionalmente, dependiendo del lugar que los sujetos ocupan en relación a otros. Luís relata su visión con respecto a las diferencias etáreas:

“Creo también debe depender de una cuestión de... contraste simultáneo. Por ejemplo, yo siempre salí con gente más grande, entonces ahora a pesar de que tengo 34 años, eh... mi pareja tiene... bastante más años que yo, quizás a mí se me ve todavía como cachorro. Si yo estuviera con un pibe de 20 años, probablemente a mí se me empezaría a ver más como daddy”

La condición de relacionalidad que atraviesa al “oso” y todas las categorías que le acompañan, puede verse empíricamente tanto en las entrevistas como en las observaciones participantes llevadas a cabo en las fiestas que se hacen en Córdoba apuntadas a un público osuno. Al respecto, pudimos encontrar marcadas diferencias entre aquellos varones que asisten a fiestas organizadas en un “bar” y otros que asisten a fiestas organizadas en un “boliche”,⁴ dicotomización que, a su vez, conlleva toda una serie de

divergencias que atraviesan diversos marcadores sociales de la diferencia, especialmente clase, edad y erotismo.

Para el caso del “bar”, se trata de un establecimiento ubicado en un barrio preferentemente residencial de la ciudad, sin otros espacios similares cercanos. Lo primero que salta a la vista es que discursivamente se lo equipara con un “segundo hogar”, un lugar al cual es posible volver cualquier otro día y encontrarse con amigos, sin enclaustrarse solamente los fines de semana. Estructuralmente, se trata de un local cuya iluminación y música permiten una alta sociabilidad, en el sentido de que ni la oscuridad (recordando los “reservados”⁵ de algunos establecimientos) ni el volumen funcionan como obstáculos a la hora de entablar una conversación. El “bar” también cuenta con un amplio patio trasero que permite una transición entre la pista de baile y el afuera, pudiendo optar por sentarse y conversar, tomar algo o simplemente descansar hasta que la música cambie de ritmo. En otras palabras, el “bar” se enmarca discursivamente como un “movimiento social mayor”, en alusión a lo que es el Club de Osos de Buenos Aires⁶ y la conformación de fuertes lazos de amistad entre aquellos que asisten a las fiestas desde su comienzo a finales del año 2010, retomando la osunidad como “estilo de vida” que trasgrediría las normas de aquello que se espera de un homosexual.

Por otro lado, posteriormente comenzaron a organizarse fiestas en un “boliche” alojado en una zona céntrica y rodeado de otros establecimientos dispuestos al disfrute nocturno, siendo un espacio que cumple con la función de divertir por esa noche, y desaparecer a la mañana siguiente (sin ser un “segundo hogar” y sin poder acudir durante la semana). En cuanto a la sociabilidad, la misma se encuentra condicionada por el hecho de que, como dice Urresti (1994), entrar al boliche significa “entrar en la música”, donde el imperativo se basa en ir aumentando el volumen a medida que progresa la noche. La iluminación también se encuentra trastocada, puesto que el “boliche” posee una zona reservada y otros rincones oscuros, lugares librados a la “complicidad del tacto”. Estas condiciones hacen pensar en que lo esperado no serían las conversaciones sino el consumo del local, no solamente de bebidas alcohólicas, sino del establecimiento en sí mismo. Con esto hacemos alusión a que el “boliche” es evocado como un lugar para

“jóvenes” que manejan un cierto nivel adquisitivo, lo que permitiría costear una entrada y bebidas más caras en relación a las ofertadas en el “bar”. En palabras de Adrián:

“En Disquera creo que es el único que es como un poco más pro ¿me entendés?, es como... es el público ese de... del chaboncito que tiene 30 años recién cumplidos, 20 y pico de años, y le está gustando la movida bear ¿entendés?”

El aura que emanan las fiestas llevadas a cabo en el boliche impregna a quienes asisten con un aire de sofisticación europea, puesto que se intentan reproducir los grandes festejos y las marchas de España y Alemania, lugares proclamados constantemente por Adrián como una suerte de mecas del movimiento osuno. Pero, junto a ello, el boliche se construye como un establecimiento que (re)produce cuerpos jóvenes, y esta condición no estaría dada solamente por una edad cronológica, sino por el cumplimiento de ciertos requisitos que el aparato de exclusión de la vejez impone. Se puede decir que “no es joven quien quiere sino quien puede” (Urresti, 1994: 134), estando los elementos materiales y simbólicos relativamente al alcance de todos, pero no formalmente. Es decir, aquello que puede hacernos aparentar ser jóvenes (por ejemplo vestir una determinada moda, hablar una jerga particular o practicar formas de bailar específicas) está potencialmente a la mano, aunque no todos pueden hacer uso de los mismos. Se edifica, por consiguiente, una economía de la juventud basada en el auto-promocionarse como persona joven, y el asistir al boliche ayudaría a fundamentar esa identidad etérea, construyendo a la osunidad como una “moda”.

En las entrevistas realizadas con varones que autoadscriben tanto a la categoría de “homosexual” como de “oso”, surgió constantemente una forma de referenciación hacia otras representaciones del devenir de la homosexualidad: el “puto común”. La osunidad se evoca como una forma de distinguirse de lo que Daniel llama “el estereotipo gay que la sociedad conoce, el tipo maricón”, ubicado como aquel varón preocupado por el cuidado estético de su cuerpo y la moda, cuestiones que al “oso” le importarían “tres pitos”.⁷ Esta separación radical, expresada continuamente, puede verse plasmada en lo que Adrián nos cuenta:

“Y un oso es un... o sea, la mayoría de los osos son como masculinos, o sea, no... no es como la loca común y corriente ¿me entendés?, que siempre quiere estar ¿me entendés? Es como más tosco el oso ¿me entendés?, generalmente se deja barba, pero en el cuerpo y... y lo que vive es diferente al gay común ¿me entendés? Que sé yo, el gay común se produce todo... la mayoría le preocupa por si el corte de pelo le quedó bien o por si tiene una arruga y se hace un botox. Y el... el oso como que no, vivió su vida normal ¿me entendés?, engordó, se casó, juega al fútbol... que sé yo”

Una serie de apelativos se utilizan cuasi como sinónimos, ubicando a la “loca”, el “gay”, el “maricón” y el “puto” en un mismo compartimento, cerrado con un sello de lacre bajo la noción primordial de “común”. Dicha configuración se completaría con la consideración de aquellos sujetos como “femeninos”, cercanos no solamente a lo que una mujer hace, sino también a lo que una mujer piensa, demarcando una separación inclusive en las concepciones ideológicas de las personas. El “oso” se estaría evocando como un varón cercano al ideal de la heterosexualidad, pero manteniendo el deseo homoerótico por otros hombres.⁸

Esto nos hace pensar en la existencia o no de representantes “afeminados” dentro de amplio mundo de los “osos”. Una posible respuesta a esa interrogante se da con lo que podríamos llamar “permisos” o micro escapes a los imperativos de la masculinidad esperada y discursivamente repetida por estos varones. Es decir, a pesar de que continuamente se hace alusión al porte de una masculinidad, elemento clave para diferenciarse del “puto común”, también se (re)producen estos “permisos” en, por ejemplo, tratarse de mujer entre amigos⁹ o bailar apretados.¹⁰

ALGUNAS OBSERVACIONES FINALES

Junto a la formación y desarrollo de una escena nocturna organizada a partir de erotismo y la (homo)sexualidad, nuestras investigaciones exploran los procesos sociodiscursivos de configuración de diferentes formas de nominación de los sujetos homosexuales. Esos nombres describirían diferentes subjetividades y los “guiones sexuales” que organizaban una “experiencia homosexual” en relación con cuestiones vinculadas a clase, raza, género y erotismo. Como parte de esos “guiones sexuales” se discutían diferentes nociones de masculinidad dando lugar a formas más o menos valorizadas de “hacerse hombre”

Durante la década de 1980 se produjeron importantes modificaciones en los dispositivos discursivos que regulaban las formas de nominación y los modos de advenir homosexual. Al modelo erótico “loca- chongo” se sumó el término “gay”, palabra de origen anglosajón que distanciaba la experiencia homosexual del lenguaje nacional (Sívori, 2005) y al mismo tiempo le otorgaba un carácter distinguido y retomaba de las “locas”, el gusto por la alegría, la diversión y la fiesta.

Con el término “gay” se instaló también un ideal igualitario (“gay-gay”), que actualizó los sentidos de la “homosexualidad masculina”, consagró las “amistades masculinas” –y el amor entre hombres- (Halperin, 2000) y buscaba distanciar a la homosexualidad de cualquier tipo de feminidad o “inversión”. Ya no se trataba de una distinción que equiparaba los roles sexuales de activo con la figura del “chongo” y de pasivo con la “loca”, sino que se tornaba en una imagen que alentaba la dualidad de roles y la expansión de la noción de “amplio” y otras gradaciones, donde activo y pasivo representarían dos polos diferenciados. “Gay” operaba como un elemento de distinción que describía una nueva forma de subjetividad homosexual que se apartaba del modelo “loca- chongo”, devenido para los “gays” en una práctica de “viejos” y propia de los sectores populares, calificados como “negros” y “putos”.

Hacia finales de 1990 y comienzos del siglo XXI comenzó a difundirse en Argentina la identidad de “oso”, surgida en la década de 1980 en los Estados Unidos. El “oso” se construía como el exponente varonil de la homosexualidad masculina, cuasi como una vuelta a la figura del “chongo”, pero sin el eslabonamiento erótico-social de la “loca”, devenida y degradada como aquello no deseable e incluso repudiable. Para los osos, el ethos y la estética “gay”, construidas a partir de una toma de distancia del modelo del “invertido”, no eran sino una expresión más del repudiable “afeminamiento” de los varones homosexuales. El “gay” era equiparado discursivamente con el “puto”, calificándolo de “común”, “maricón” o “pendejo”, en clara relación al porte de una edad juvenil y las preferencias por los consumos de moda y los boliches como espacios nocturnos de divertimento lúdico.

En ese complejo juego histórico de nominaciones y formas de clasificación de y para varones homosexuales que nuestras investigaciones describen buscamos analizar los diferentes “paradigmas raigales” (Turner, 1974) que organizaban simultáneamente la

experiencia de ciertos varones homosexual y un mercado específico de entretenimiento nocturno, en las últimas décadas en la ciudad de Córdoba.

ANEXOS

¹ Siguiendo a Domingos (2010), podemos ubicar el surgimiento del “oso” como una identidad homoafectiva a partir de dos componentes básicos del proceso capitalista. Por un lado, la expansión del urbanismo como modo de vida, lo que habría posibilitado la visibilización pública de grupos “minoritarios” dentro de los espacios urbanos de las grandes ciudades y la propagación de la red de relaciones que los sujetos entablan, aduciendo al ocultamiento al que deben remitirse en caso de habitar en “pueblos”. Por otro lado, el afianzamiento de un *pink market* y el desarrollo de una industria de la diversidad sexual, con el emplazamiento de establecimientos de divertimento lúdico nocturno, apuntados a públicos especializados y, en cierta forma, pensados como homogéneos.

² Rescatamos aquí al sistema Donahue-Stoner, acuñado en 1989, que reproduce el sistema clasificatorio de las contestaciones, donde a cada atributo se le asigna una letra y mediante signos positivos y negativos se denota el juego de presencia/ausencia de dicho atributo. El producto final es un código que podría emplearse como identificación de la persona, pasible de ser leído por otros para figurarse una imagen del cuerpo de la persona junto a sus características comportamentales. La información es tomada de la etnografía de Gutiérrez Marmolejo (2004).

³ Se trata de una categoría nativa.

⁴ Ambas son tomadas como categorías político-comerciales, habilitadas a partir de ordenanzas municipales, donde reside aquello que está permitido hacer y lo que queda prohibido.

⁵ Se trata de espacios sin iluminación o con luces tenues, destinados a la sociabilidad erótica entre los sujetos. En el caso de las fiestas organizadas en el “bar de osos”, Tomás cuenta que una de las condiciones que exigió fue que no hubiesen “reservados”, puesto que se buscaba una atmósfera de amistad y no de levante.

⁶ Organización no gubernamental que nuclea “osos” (única en Latinoamérica con personería jurídica), se formó en el año 2000, consiguiendo sede propia en el año 2002. Pero, una aclaración importante: la historia del Club se encuentra plagada de cambios en cuanto a la dirigencia y la ideología respecto a lo que un oso es o debería ser, alterándose la percepción a lo largo de su vida. En las entrevistas, junto a aquellos que respetan y ponderan la indispensable presencia del Club como entidad que lucha por los derechos humanos de las minorías sexuales, también encontramos a quienes critican a la institución por pretender resumir la figura del oso a sus parámetros, imponiendo condiciones de ingreso y permanencia estrictos, basados en el cuerpo clásico del oso.

⁷ Daniel aclara que, inclusive “el oso no escucha la misma música que el puto común”. Esta aseveración se hace presente en otras entrevistas y puede constatarse en las mismas fiestas, siendo que mientras en el “bar” puede escucharse una variación entre ritmos pop, rock nacional y algunas cumbias (lo que comúnmente se llama “música de casamiento a las 5 de la mañana); en el “boliche” predomina la electrónica.

⁸ En una de las publicaciones de “Que se ió”, la revista de lo que fuera el Club de Osos Cordobeses, emitida entre 2002 y 2003, aparece una línea que separa a la “comunidad homosexual” de la “comunidad heterosexual”. Mientras que al margen de la dicotomización sexo-poblacional se encuentra la travesti, como

mayor exponente de la feminización del homosexual, cercano al punto de quiebre que demarca el bisexual se encuentra el “oso”, aquél visto como “el más heterosexual de los homosexuales”. Curiosamente, la “comunidad heterosexual” no se halla fragmentada.

⁹ Reminiscencia al “habla de las locas”. Durante la entrevista con Daniel, sus amigos hacían ruido en la cocina, por lo que Daniel les dice “¡se callan mariconas!”, para acto seguido seguir hablando acerca de los “osos”.

¹⁰ Como dijera un amigo: “parecen putos de Zen”. Se refería a tres chicos que bailaban en “trecito”, tomados de sus caderas y apoyando sus pelvis en movimientos que simulan una actitud sexual. La condición de “putos de Zen” hace alusión a un boliche de la ciudad que fue montado hace unos 5 años, teniendo en mente la idea de un espacio grande y similar a los boliches “héteros”, lo que involucraría un público “joven” y distinguido.

BIBLIOGRAFÍA

Domingos, J. J.

2010. *O discurso dos ursos. Outros modos de ser la homoafectividade*. Brasil, Marca de Fantasia.

Gutiérrez Marmolejo, J.

2004. *Masculinidad, cuerpo e identidad entre varones gay del Club de Osos Mexicanos*. Tesis de grado. Escuela Nacional de Antropología e Historia, Ciudad de México.

Urresti, M.

1994. La discoteca como sistema de exclusión. En Margulis, M. (comp.), *La cultura de la noche. La vida nocturna de los jóvenes en Buenos Aires*: 129-169 Buenos Aires, Espasa Calpe.

Vigarello, G.

2011. *Las metamorfosis de la gordura. Historia de la obesidad desde la Edad Media hasta el siglo XX*. Buenos Aires, Nueva Visión.